

rrico que Nuestro Señor Jesucristo obró en este Sacramento el último esfuerzo de su amor; pensamiento muy conforme con el de S. Bernardino de Sena, el cual afirma que «la suma intensidad del amor de Jesús le obligó á consumir la obra mayor que jamás hubiese hecho cual fué la de darnos su Cuerpo en alimento». El Tridentino enseña que el Señor derramó en el Santísimo Sacramento las riquezas de su amor; y los santos Agustino y Tomás de Aquino fueron más adelante todavía, afirmando que en la Eucaristía agotó Dios todas, absolutamente todas sus riquezas; de ahí aquellas tan celebradas frases del Águila de Hipona: Con ser Dios infinitamente poderoso no puede darnos más de lo que por esta Soberana Mesa nos comunica; y con ser infinitamente sabio no sabe legarnos más de lo que en este Sacramento nos franquea. Si, pues, en la S. Eucaristía nos dió todo cuanto supo y pudo ¿no llegó su amor al heroísmo?

¶. La última propiedad del amor es ser inextinguible. El reposo del amor es no tenerlo, dice S. Agustín. Y por cierto: el verdadero amor anhela siempre aumentar el afecto hacia el amado; corre y desea volar; vuela y quisiera hallarse en el término de su descanso, en los límites de lo imposible. Mas lo que no es dable al amor humano lo es al divino, ya que es infinito; por manera que, siendo abrasador, consume hasta lo posible, término que en el Sacramento del Altar lo es infinitamente. Jesucristo Sacramentado es fuego consumidor, no como en otro tiempo que en castigo de los pecados de Coré Datán y Abirón abrasó á éstos en voraces llamas, sino que consume en amor espiritual á las almas fieles, haciéndolas semejantes á sí en el amor. No cesa de obrar el amor de Cristo; está constantemente en acción, porque ésta es su propiedad, y así dice S. Dionisio que semejante afecto no sólo es fervoroso, antes bien, su ardor va hasta el exceso, resultando siempre admirable. El adorable Salvador, en expresión del melífluo S. Bernardo, quiso por el amor conseguir lo que no le resultó por el temor; deseó mediante el afecto que cifró en la Eucaristía obtener del hombre la adhesión á sí y la obediencia perfecta á sus man-

datos que no consiguió con los castigos sensibles que le impusiera en la ley antigua. Para eso fué necesario que el amor del Sacramento abrasara, á fin de que las almas se liquidasen en la consideración de las perfecciones divinas, y en efecto, la prueba dió perfecto resultado. ¡Oh! y qué propiedades tiene el amor de Cristo en la Eucaristía! ¡Qué medios discurrió para atraernos á su amor!

§. II.

12. Ahondemos algo más en el asunto. La medida del amor de Dios, ha dicho el santo abad de Claraval, es no tener medida; y la razón es clarísima, porque la caridad del Hijo de Dios participa de la infinidad; no tiene límites su amor y por consiguiente no puede medirse. No es cuestión ahora de saber solamente si el amor que depositó Cristo en el Sacramento del Altar es omnipotente, eterno, invencible, heroico é inextinguible, sino que es preciso investigar además si es infinito, para poder asegurar con S. Bernardo que no tiene medida.

In finem dilexit eos; Jesucristo amó á sus discípulos hasta el morir; pero antes de llegar á este acto heroico, llevado de amor les dió cuanto podía darles, y para esto era preciso que el afecto que le impulsó á darlo fuese al menos tan poderoso como su omnipotencia, la cual siendo infinita, lo es también su amor. El evangelista S. Juan, aquél que recostó su cabeza sobre el amoroso pecho del Salvador en la última cena, y bebió de las suaves dulzuras del amor divino, puede darnos una idea bellísima de la medida de un amor semejante. Enseña que Dios es caridad (1); esto es: que la esencia ó naturaleza moral del Hijo de Dios es el amor y no respira sino amor, y como su naturaleza es infinita, resulta que su amor es infinito. Usé de la frase *naturaleza moral* para hacer distinción de la naturaleza íntima de Dios, pues consiste ésta en ser infinito en toda suerte de perfecciones, y en ellas entra también la caridad; mas al afirmar

(1) I Epist. S. Joan. IV, 16.

simplemente S. Juan que Dios es caridad, parece querer demostrar que lo que constituye la esencia de Dios es el amor, aunque sin exclusión de los demás atributos. Es, pues, el amor de Dios infinito, y este mismo amor manifestó depositarlo en la Sagrada Eucaristía. «La caridad de Dios (1), añade el citado evangelista, fué consumada en nosotros» mediante este Santísimo Sacramento.

13. Es verdad, por consiguiente, que el amor de Cristo Sacramentado es infinito; pero yo quisiera detenerme algo más en esta materia, particularizándola, á fin de que sean conocidos todos los tesoros de la Eucaristía escondidos en su amor infinito. S. Pablo dice de sí mismo, que rogaba al Padre de las luces para que los de Éfeso pudiesen comprender cuál es la altura (2), la longitud, la latitud y la profundidad del amor de Jesucristo Sacramentado. Y estas dimensiones, que sin duda las tomó el Apóstol de las que tiene un cuerpo en general, quiso aplicarlas al Cuerpo eucarístico del Salvador, para considerar á nuestro modo limitado la caridad de Jesús.

Pues bien; veamos cuál sea la altura ó sublimidad del amor de Cristo en el Sacramento. El grado de amor se aprecia, no sólo por la voluntad que demuestra el dante, sino particularmente por la grandeza del don, por su más ó menos valor intrínseco; porque la voluntad, como es potencia interna apenas nos es conocida, mientras que la dádiva es cosa exterior que podemos apreciar perfectamente por lo que vale. No digamos una palabra, pues, del grado de voluntad que abrigaba Jesús al dar en comida su sagrado Cuerpo, sino consideremos la sublimidad de esa comida, de ese don. Grande fué, por cierto, el afecto de Elías á Eliseo, al dejarle su capa en su ascensión al paraíso; mas si Cristo nos hubiera dejado en prenda su manto, nos hubiera regalado lo que no merecíamos. Excesivo fué el amor de Jacob á Raquel, al quedar esclavo catorce años por amor de ésta en casa de Labán; pero si Jesús hubiera estado sirvién-

(1) I Epist. S. Joan. IV, 17.

(2) Ad Ephes. cap. III, 18.

donos á nuestro gusto tanto tiempo, hubiéramos quedado admirados. Extraño fué el amor que David tuvo á Mifiboset, nieto de Saul, haciéndole comer todos los días en la mesa real y colmándole de mercedes; mas si Jesús mostrara semejante fineza á los hombres, ¿quién no vería en ello un prodigio de amor?

El Salvador nos ha dado algo más, mucho más, todo cuanto es posible; no sólo nos ha legado en prenda su divino manto; no sólo nos ha servido catorce años; no sólo nos convida todos los días á su mesa; antes bien, se nos ha dado á sí propio en prenda, nos sirve hasta el fin de los tiempos y se nos da Él mismo en comida. ¡Oh qué fineza tan singular! ¡Oh qué amor tan inconcebible! Si la caridad se conoce por el don, Dios se nos ha dado á sí mismo; no tenía que darnos más. Luego la medida del amor de Dios no tiene medida; su sublimidad ó su altura es indecible.

14. Guarde profundo silencio la historia sagrada cuando narra que el rey Asuero dispuso un banquete que duró ciento y ochenta días, donde ostentó sus poderosas riquezas y su real magnificencia, y al que invitó á los príncipes y caballeros de Persia. Cesen las crónicas profanas de ostentar en sus páginas que el emperador Galba, en un convite que preparó á los grandes de su imperio, dispuso se sirvieran á la mesa dos mil platos de pescados exquisitos, y siete mil de diversas carnes y aves. Bórrense de los anales civiles las leyendas de esos opíparos banquetes, donde se ha hecho ridícula ostensión del poder y del gusto y de la magnificencia; porque al cabo, los príncipes que los ofrecieron, á medida que más gastaron más se empobrecieron; pero Jesucristo da en la Eucaristía un convite que vale inmensamente más que todo lo creado y millares de creaciones más que hubiera, pues se da á sí propio; así que Él solo constituye el ser, el alpha y la omega de todos los seres; y este Señor, al dar todas sus riquezas, no se empobrece en lo más mínimo, y, entregándose todo en comida y bebida, queda tan entero como antes.

15. Si de la sublimidad pasamos á estudiar la longitud

del amor de Jesús Sacramentado, observamos que este amor durará hasta el fin de los siglos. El Eterno prometió que la ofrenda pura que había de ofrecerse en todo el mundo, se perpetuaría hasta el ocaso de los tiempos; y efectivamente, semejante ofrenda presentada todos los días, hace veinte siglos, sobre los altares de la Iglesia, es la divina Eucaristía. Por espacio de cuarenta años asistió el Señor á los ingratos hebreos peregrinantes, mediante la columna de luz que les iluminaba de noche; pero la Sagrada Eucaristía será compañera del cristiano, no ya durante cuarenta años solamente, sino mientras el mundo exista; aquel espacio de tiempo era adecuado símbolo de la peregrinación del hombre sobre la tierra, pues, así como al cabo de ese tiempo entraron los israelitas en la tierra prometida, de esa manera la Eucaristía conducirá á la humanidad cristiana por entre las escabrosidades de la vida hasta introducirla en la verdadera tierra de promisión. ¡Qué amor el de Cristo Sacramentado! si nos hiciera favor semejante una vez cada año ¿qué frases no emplearíamos para celebrarlo? ¡Mas ay! una vez cada año y una vez á la semana es muy poco para Jesús; quiere estar juntamente con nosotros todos los días y en todos sus instantes.

16. La latitud del amor de Cristo en la Eucaristía se prueba por su universalidad. Se extiende á todos los hombres que deseen sentir el calor divino. Para la Eucaristía no hay distinción de sexos, ni de edad, ni de condición; abarca todos los pueblos, todas las regiones, todas las razas; se goza en los grandes como en los pequeños; goza en darse á todos.

Lo mismo recibe á los opulentos, como á Zaqueo, que á los miserables, como al paralítico de la piscina; si se esmera con los propios, como con la suegra de S. Pedro, también lo efectúa con los extraños, como con el ciego de nacimiento; el mismo afecto manifiesta á sus discípulos, como á la Magdalena, que á los ingratos y perseguidores suyos, como á Malco. Todo el mundo es objeto de sus finezas. Á las bodas que celebrara el padre de familias fueron invitadas cuan-

tas personas halladas fueron en el camino, incluso los pobres, los cojos, los lisiados y los ciegos; y la Eucaristía, que es realidad exacta de la parábola de las bodas, admite á todos los cristianos, rechazando únicamente á los que no entran con el nupcial vestido.

17. Pero ¿qué diré de la profundidad del amor de Jesús Sacramentado? Siendo el Señor inmenso, y no pudiendo ser contenido por los espacios limitados, se reduce á estar presente en la más pequeña Hostia y en cualquier parte de la misma. ¡Milagro singular de la Omnipotencia divina! Jesucristo inmenso se hace tan humilde que no repara ni en los lugares, ni en sus estrecheces. ¿Y qué es lo que no obra una humildad semejante? Si un gran monarca, por entrar á ver un infeliz, hubiese de pasar por una puerta angosta, doblando el cuerpo ¿quién no admiraría la profunda humildad de ese príncipe? Pero ved á Jesús que se inclina por entrar en los cozones, en los sagrarios, en la boca del que le recibe, en las cárceles y en las grutas. ¡Qué amor! Jesús en este acto hace lo que una madre, que para lactar mejor á un niño suyo se inclina ella misma y le ofrece benigna su amoroso pecho.

El Salvador, además, instituyó el Sacramento del Altar antes de morir para que entendiésemos el amor que nos tenía (1); por eso observa el Apóstol que Jesús entregó su Cuerpo y su Sangre á los apóstoles precisamente en la noche misma que había de incoar su dolorosa pasión, no en tiempo de los regocijos y aplausos, lo cual hace resaltar más el amor de Dios; porque si en la pena y en la tristeza se conocen los legítimos amigos; si, siendo objeto de la más atroz persecución, se dan pruebas de predilección por los mismos perseguidores, ved á Jesucristo que en el momento mismo en que el mundo era más digno de muerte le regala su propio Cuerpo.

18. Al terminar, nada más oportuno que reconocer y ser agradecidos á un beneficio tan inmenso como el del

(1) S. Lorenzo Justiniano.

amor de Jesucristo, manifestado en el Sacramento. La mejor gratitud es corresponder al Salvador con un amor semejante, con una caridad sin medida; y este amor ilimitado, y este amor infinito relativo que nosotros podemos profesar al Sacramento, lo debemos demostrar en la recepción frecuente del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, con cuya recepción aumentará nuestro amor á Jesús. Abriguemos inmensos deseos de servir cumplidamente á Cristo Sacramentado, ya que nos consta, según asegura S. Alfonso de Liguorio, que «Jesús en este Sacramento se hizo pobre en cierto modo por hacernos ricos; que allí está con las manos llenas de gracias, anhelando dispensarlas al que le visita, y que nos da su Cuerpo y Sangre, que es todo lo que tiene, para que entendamos que nada sabrá negarnos el que se nos da enteramente á sí mismo (1)».

¡Oh Señor Sacramentado! No sé qué decir á la vista de tanto amor. Quisiera tener miles de lenguas con que poder alabaros y bendeciros. Desearía poseer todos los corazones para poder agradeceros como corresponde. Por lo menos, que os tengamos un amor sin grados, sin límites para poder servirlos perfectamente y recibir más tarde la recompensa en el cielo.

EJEMPLO

En confirmación del infinito amor que N. adorable Salvador en la Eucaristía profesa á las almas, refiere la Historia de la V. Orden de mi padre Sto. Domingo (2) que, estando para comulgar Sta. Catalina de Sena, como pronunciase juntamente con el sacerdote aquellas palabras preparatorias: Señor, yo no soy digna de que Vos entréis en mi pobre morada, oyó la voz del Salvador que desde la Hostia la decía:—Pues yo soy digno de que tú entres en mí.—Habiendo recibido el Santísimo Sacramento le parecía que su alma se entraba dentro del mismo Jesucristo y se transformaba en Él. Con efecto, la sierva de Dios, merced á esta perfecta comunicación con el Altísimo, comenzaba en este suelo á experimentar los inefables consuelos celestiales.

(1) Medit. del día 6.º.

(2) Castill. p. 2.

II

Inmenso amor de Jesucristo en la institución de la Santa Eucaristía

(CONTINUACIÓN)

Ignem veni mittere in terram, et equid volo nisi ut accendatur?

Vine á poner fuego sobre la tierra y, ¿qué es lo que quiero sino que arda?

LUC. XII, 49.

1. ¿Quién jamás ha visto, exclama un autor (1), que un fiel amigo se sangre de la vena del corazón para recrear con ella á otro amigo cariñoso que se sofoca por el calor de las entrañas? Casos se han dado en que un amigo ha dado la vida por otro amigo; pero esto solamente ha tenido lugar cuando por precisión uno de los dos tenía que morir; mas, que un amante se lance el corazón, no ya por dar la vida, sino por recrear á su amado, esto raya en lo imposible, tratándose del amor humano, pero es la cosa más sencilla si se trata del divino. Madres ha habido que, por no verse en la terrible angustia de morir hambrientas, han comido á sus tristes hijos; pero que una madre haya cortado sus carnes por conservar la vida de sus hijos, no existe ningún probo historiador que lo haya sostenido. Jesucristo, empero, al objeto de conservar nuestra vida espiritual y de

(1) Luz de la Fe, lib. III, cap. 42, por el P. La Parra.